

EL TRAJE DEL EMPERADOR Y LOS PRINCIPIOS DE SU PODER

Reflexiones de un psicoanalista sobre creencia, amor y fe

Carlos Guzzetti

Asociación Colegio de Psicoanalistas

Boulogne sur Mer 929 2° A

1213 Buenos Aires

Argentina

Tel. 54-11-4964-2535

cguzzetti@arnet.com.ar

Licenciado en Psicología (UBA)

*¿es acaso posible oponerse a los amos
visibles sin ningún amo invisible? Una pregunta
atroz.*

Elías Canetti

Freud afirmaba enfáticamente que el psicoanálisis no es una *Weltanschauung*, término muy promovido en ese caldero cultural que fue la Viena de fines del siglo XIX. En efecto, no es una “visión del mundo” sino una mirada sobre un fragmento microscópico de ese mundo que han creado los hombres. Mirada, finalmente, que arroja luz sobre muchos otros campos, pero que no pretende convertirse en fundamento último de ninguno de ellos, ni siquiera del propio.

La microscopía del consultorio ofrece un campo de visión muy pequeño pero detallado. Los fenómenos humanos se ven desde una perspectiva íntima, se habla allí de lo que no se habla en otro lado. El discurso analítico está hecho con los desechos de los otros discursos, con todo aquello que queda excluido de otros vínculos sociales.

De allí lo estrábico de la mirada de un analista sobre la política y la sociedad ya que todo lo que sabe lo obtiene de su praxis, vínculo social por cierto muy singular y por ello difícilmente generalizable. La doctrina lo denomina “transferencia” y con eso trabajamos.

Lo que damos por cierto, y de allí partiremos, es que ese vínculo singular se asienta en tres pilares: el amor, la creencia y la fe.

La adhesión a teorías políticas, a ideologías, a concepciones acerca de las relaciones sociales y económicas, incluso la emergencia y permanencia de

determinadas formas de organización del poder involucran una creencia. Creencia en un líder, en una bandera, en un programa, en la capacidad de predicción de una idea. Fenómenos económicos como la inflación o las corridas cambiarias y bancarias son altamente dependientes de las fluctuaciones de la creencia en la inmutabilidad de las instituciones o de la confianza depositada en ellas. Sentimientos colectivos –si es que tal categoría tiene alguna entidad- en los que pueden reconocerse mecanismos muy primarios en la organización del psiquismo humano.

El fetichismo (*credo quia absurdum*)

Marx aseguraba que la dominación capitalista se asentaba en una creencia básica, que él denominó “fetichismo de la mercancía”. Se refiere a la convicción generalizada de que las mercancías poseen un valor intrínseco y no, como él descubre, que ese valor oculta tras sus oropeles una relación social de producción. En su empeño racionalista y científico de revelar las leyes de la economía y de la historia, una consideración tan atenta a la subjetividad ocupa un lugar destacado.

Un pasaje de “El capital” establece de modo sorprendente esta función estructural de la creencia en el establecimiento del lazo social. *"Este hombre, por ejemplo, es rey sólo porque otros hombres [...] se comportan con él como súbditos, e, inversamente, estos creen [...] ser súbditos porque él es rey"* (Marx, 1946)

Desnuda de este modo, como el niño del cuento de Andersen, el verdadero paño de que está hecha la investidura divina del soberano. Lo que los súbditos suponen es que su condición de tales depende de la condición real del rey. En verdad es todo lo contrario. Si el rey es tal es porque hay quienes creen que lo es. Allí se asienta el malentendido que da origen al poder real. Y ya se sabe, a partir de la revolución francesa, lo fácil que resulta para un monarca perder la cabeza.

Cuando Freud se ocupa del fetichismo lo hace, por cierto, desde una óptica bien distinta, la de un observador clínico de sujetos fetichistas sexuales. Estos casos son la confirmación más patente de su teoría del Complejo de castración, que se sostiene en la premisa universal del falo en la que la diferencia sexual anatómica no es reconocida. En algún momento se instalará la angustia ante el peligro de su pérdida. La comprobación de que la propia madre carece de pene es la conclusión dolorosa de una conjunción de circunstancias, poniendo fin a la premisa universal de que todos tienen falo. Ahora, si la madre puede ser castrada, cualquiera está sujeto a ello. Ese sentimiento infantil relativo a la amenaza de castración y a la

caída de la creencia en el pene materno, es equivalente en el adulto al pánico que puede producir el clamor de que “el altar y el trono están en peligro”. (Freud, 1927 b)

Por cierto este argumento es ficcional, ya que pone en pocas palabras un proceso complejísimo que en cada sujeto tiene relieves diferentes. Por otra parte, la teoría de la castración opera como metáfora del límite último al narcisismo originario, es decir, la condición sexuada y la muerte. Existe siempre el peligro (probablemente sea compartido por todas las disciplinas incluso las más exactas) de confundir el valor de las metáforas teóricas con realidades objetivas. Eso suele degenerar en dogmas, teorías inerciales que resisten cualquier modificación. La teoría psicoanalítica es una ficción, con todo el peso del concepto, es decir, no un mero producto de los desvaríos de alguien sino una trama simbólica eficaz sobre lo real que trabaja. Para preservar esa eficacia es decisivo que no olvide su carácter provisional.

Son hartos conocidos en la doctrina los tres destinos posibles del Complejo de Castración: la represión (*Verdrängung*), el repudio (*Verwerfung*) y la desmentida (*Verleugnung*). Este último da como resultado la construcción del fetiche. Ahora bien, lo más interesante se refiere no tanto al mecanismo de construcción de ese objeto peculiar, sino a la función psíquica que cumple. Está en el lugar del pene materno, pero no lo es; simultáneamente afirma su existencia y reconoce su falta. Dos corrientes de la vida psíquica coexisten pues en el fetichista, produciendo entonces, una escisión en el interior del yo, una desgarradura irreparable entre la realidad de la percepción y la desmentida o renegación requeridas para sostener la creencia infantil.

Nos hallamos ante una paradoja, dos proposiciones contradictorias coexisten y son eficaces al mismo tiempo. En este caso el conflicto no se resuelve con la represión, ya que ambas proposiciones son concientes.

El brillante psicoanalista e intelectual francés Octave Mannoni estableció a fines de los años sesenta una fórmula insuperada para ilustrar este mecanismo psíquico: “ya lo sé, pero aún así...”, (Mannoni, 1973) sustentando toda su hipótesis en la cuestión de la creencia.

Creencia, amor y poder

Freud destaca la particular docilidad del hipnotizado frente al hipnotizador, que ocupa todo su universo. Compara la credulidad y obediencia del sujeto en tal

estado con la actitud del niño frente a sus padres y, en la vida adulta, a la de la entrega enamorada. Allí se anuda la relación entre enamoramiento e hipnosis.

El amor en el interior de la experiencia del análisis tiene el estatuto de transferencia, principal motor y fundamental obstáculo al progreso de la asociación libre. Además, ella puede ser analizada como una formación colectiva, una masa de tan sólo dos personas. (Freud, 1921)

Podemos afirmar, pues, que el amor de transferencia y su correlato de credulidad extraen su fuerza de fuentes infantiles.

Ahora bien, en el caso del fetichismo se trata de la creencia en la inexistencia del peligro de la castración. No se alucina el pene allí donde no está, sino que a pesar de todo se cree en su existencia entronizando al fetiche como su sustituto. En la referencia a la situación transferencial, se trata de la creencia en la persona del médico, en sus intervenciones o en la verdad de sus interpretaciones. Pero ¿qué es lo que sostiene la creencia en el monarca, en Dios, en el líder o en el médico, sino precisamente la suposición de que esa figura no está afectada por la castración? ¿Qué otra cosa significa la afirmación de que tanto en el enamoramiento como en la hipnosis el objeto (el amado, el líder) está ubicado en el lugar del ideal del yo, sede de todas las perfecciones a que el yo aspira? (Freud, 1921)

No obstante, y debido a ese mecanismo de escisión de dos corrientes de la vida psíquica que coexisten en la afirmación y la desmentida, la creencia siempre está sujeta al peligro y a la bendición de la duda. En este sentido se opone a la certeza, propia de los delirios paranoicos, en los que el perseguidor es indubitable.

La creencia posee una doble función: motor del trabajo y simultáneamente principal resistencia al mismo. Para emprender un psicoanálisis es necesario creer, ya sea en la teoría, en el método o, principalmente, en la persona del terapeuta. Por cierto, el analista opera con la creencia de un modo muy distinto de las religiones, las iglesias, el pensamiento mágico y las diversas formas de alienación en la omnipotencia supuesta del Otro. En esa creencia se asienta el fundamento del poder. Pero el poder que tiene el analista sobre el analizante “inerte” (Freud,), sólo es tal si no es ejercido, ya que se asienta puramente en la creencia y es eficaz, hace avanzar el trabajo, a condición de preservarse en estado virtual. Son numerosos, sin embargo, los casos de abuso del terapeuta sobre el paciente, muy reveladores, tanto de la profunda estupidez humana como de la enorme potencia de la sugestión que se moviliza.

La fe y la muerte de Dios (acerca del dios Λογος)

Es oportuno distinguir una dimensión de la creencia: la fe.

La historia ha dado sobradas muestras de las consecuencias político-institucionales de una fe establecida. Mueve montañas, afirma el dicho popular y mueve multitudes y las conduce a empresas monumentales, a creaciones maravillosas tanto como a exterminios, masacres y destrucción.

En la tradición judía, de la que Freud es tributario, el conocimiento de Dios proviene de la evidencia racional, del contacto con la divinidad a través de la letra de la Torá y los testimonios de los profetas y comentaristas. Su estudio minucioso y su discusión encendida conducen a la *emuna*, palabra hebrea que se traduce corrientemente como fe, aunque equivale mejor a “fidelidad” o “lealtad”. El monoteísmo mosaico no consiste en creer en la existencia de un único dios sino en establecer una alianza tan sólo con uno. Para instituir una religión no alcanza con la creencia. Se precisa de fe.

Emmanuel Lévinas en buena parte de su obra abriga la pretensión de ir más allá del ateísmo e incluso más allá de Dios y para ello apela a una lógica iconoclasta extrema. La fe queda desencarnada de la representación de Dios. Concluye así con una máxima: “amar a la Torá más que a Dios”. Si hay una razón última y Dios calla, sólo queda incommovible su letra. (Lévinas, 1998)

Freud ofrece una versión laica de ese precepto cuando afirma que su ilusión personal reside en el dios *Lógos*, (Freud, 1927 a) al que le reconoce un poder muy limitado. Responde así a su tiempo, marcado por el imperio de la razón, tanto como a su experiencia clínica. En el gran libro sobre los sueños, al mismo tiempo que afirma que son la vía regia al inconciente, sostiene que el texto onírico debe ser tratado como texto sagrado. Ese *lógos* del inconciente, ese discurso descubierto por él, se constituye en la razón última de la praxis analítica. Nada más allá de él. Se trata de la “cura por la palabra”.

Dios no ha muerto, siempre lo estuvo, pero es inconciente. (Lacan, 1970). Esa es la torsión que produce el psicoanálisis, poniendo de relieve la anterioridad lógica de la prohibición respecto del deseo, prohibición que se aloja en el inconciente y organiza la totalidad de la vida psíquica.

De la ética (*Wo es war, soll Ich werden*)

He puesto a jugar estos tres términos: amor, creencia y fe, con los cuales los psicoanalistas nos las vemos cotidianamente. Ineludiblemente abordé la cuestión

del poder que emana de ellos, introduciéndome de este modo en el problema central de la ética.

Objeto de análisis de la filosofía desde sus mismos inicios, ella tiene, para el psicoanálisis, un alcance que no pretende ser universal. En principio tiene valor en su propio campo de praxis, si bien irradia hacia muchos otros. Cuando Freud aborda la cuestión de cómo actuar, comienza por plantear cómo no actuar. Su temprano abandono de la hipnosis y la sugestión obedeció a la convicción de que por esa vía no podían lograrse resultados duraderos en la cura de las neurosis. Lejos estaba de proponerse un mandato moral o alguna consideración por el Bien del paciente. Le preocupaba fundamentalmente que su técnica propiciara la prosecución del trabajo del inconciente, única vía para aliviar los padecimientos neuróticos.

El camino de la cura es sinuoso y pleno de obstáculos. No puede prescindir del sufrimiento, pero lo pone en transferencia para trabajar sobre él. Un análisis no busca una revelación repentina ni una rememoración completa, sino que opera desgastando con el “uso”, con la simbolización que produce la palabra – y en muchos casos el juego- los núcleos de los que brotan el dolor y la angustia. No promete tampoco la felicidad, ya que la vida procura suficientes desdichas, sólo transformar el padecimiento neurótico en infortunio común, del que nadie está exento por nuestra condición humana sexuada y mortal.

Ahora bien, ¿qué hace que un sujeto abra su corazón a un completo desconocido, confesándole sus más íntimos sentimientos? En principio la creencia, la confianza depositada en el terapeuta, manifestación del amor, con frecuencia en sus formas más regresivas. Eso implica siempre un pacto, una alianza de fe, que en ocasiones sufre los destinos de la idealización y la entrega, la fe ciega, diríamos.

El punto de llegada de las religiones es el punto de partida de la relación transferencial, porque ese pacto necesario se funda sobre una premisa diferente. Si el amor es siempre una promesa de eternidad, el amor de transferencia es una promesa de separación. Se instituye para ser destituido, para obtener, al decir de Freud, la total independencia del paciente en la tarea de afrontar los desafíos de la vida. Amor paradójal (Zygouris, 2005) sobre el que se construye este lazo social inédito que lleva más de un siglo de vitalidad y que, en el contexto del tiempo en que vivimos, es para muchos el vínculo más genuino que los une a otro, ante la desolación de un mundo superpoblado, segregado e hipercomunicado.

Ahora bien, la disolución del pacto transferencial no implica ir más allá de la creencia, tal como la definimos, necesaria para la vida, a riesgo de considerar que quien finaliza un análisis es una caricatura de Superhombre nietzschiano -"más allá del bien y del mal"-, en dos palabras, un cínico o un nihilista desengañado.

En ese trabajo de disolución del pacto radica la diferencia esencial que separa la práctica analítica de la religiosa. Entiéndase, en esta última categoría cabe incluir toda psicoterapia que se proponga satisfacer la demanda neurótica, que se formula como una búsqueda de retorno a un estado anterior, reintegración de lo perdido, reunificación de lo escindido. ¿Cómo es posible sostener esta ilusión? En el campo de las variadas terapias en oferta, mediante la promoción de una transferencia preservada a toda costa de cualquier esfuerzo elaborativo.

También entre los analistas, a pesar de todo, la fe produce sus estragos. Las instituciones profesionales suelen evolucionar hacia la eternización de las "verdades" reveladas por los maestros, ni más ni menos que una renovación ritualizada del pacto. Léase allí la enajenación de la palabra en la jergonofasia psi, la adhesión incondicional a la doctrina, la fetichización de la teoría, con sus múltiples variantes según tiempo y lugar.

Asimismo, la teoría psicoanalítica es una suerte de *bricolage* compuesto por retazos de saberes disímiles que varían según los tiempos, en el esfuerzo por encontrar metáforas más certeras. Metáforas capaces de operar como performativos, metáforas que hacen cosas con palabras.

Ahora bien, si, como afirmamos más arriba, atravesar por la experiencia de un análisis no implica ir más allá de la creencia, sino desmontar los fundamentos de la fe, es preciso enfatizar, con Freud, que la convicción cierta de la existencia del inconsciente, resultado ineludible de la experiencia analítica -la que a la vez es el único modo de obtener tal convicción-, no es una creencia cualquiera; empuja al trabajo necesario para sostener el mayor imperativo ético que guía nuestra práctica: mejorar la posición del sujeto.

Palabras clave: creencia – amor – fe - poder

El trabajo propone una reflexión sobre un sector de la experiencia político social basada en el trabajo analítico de la transferencia, definida como un vínculo singular, inédito hasta Freud, que se asienta en tres pilares: el amor, la creencia y la fe.

Efectúa un contrapunto entre el concepto de Marx de “fetichismo de la mercancía” y las consideraciones freudianas sobre la observación clínica de fetichistas sexuales. El mecanismo de escisión en dos corrientes de la vida psíquica que coexisten en la afirmación y la desmentida de la castración materna es el modo en que se constituye la creencia, opuesta a la certeza, propia de los delirios paranoicos.

En un análisis la creencia se revela en su doble función: motor del trabajo y principal resistencia al mismo. Por cierto hay mucha diferencia con otros modos de operar con la creencia, tales como las religiones, las iglesias, el pensamiento mágico, todos ellos diversas formas de alienación en la omnipotencia supuesta del Otro. En esa creencia se asienta el fundamento del poder.

Es preciso distinguir una dimensión de la creencia: la fe. Para instituir una religión no alcanza tan sólo con la creencia. Se precisa de fe. Por el contrario, al final de un análisis es esperable la disolución del pacto transferencial, lo que no implica ir más allá de la creencia, sino cuestionar el fundamento de la fe.

Poner en juego estos tres términos: amor, creencia y fe, lleva a abordar la cuestión del poder que emana de ellos, problema central de la ética.

Esta distinción entre creencia y fe permite abrir algunas reflexiones sobre la propia comunidad de analistas y la perspectiva que ofrece el psicoanálisis al sujeto contemporáneo.

BIBLIOGRAFÍA

- Marx, K., El Capital, Libro I, Ed. Biblioteca Nueva, Bs. As., 1946, pág. 40
- La otra escena. Claves de lo imaginario, Amorrortu, Bs.As. 1973
- Freud, S.; Psicoterapia, tratamiento por el espíritu, en O.C., B.N. pág. 1022/23
- Id, Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico, en O.C., B.N., pág. 1654 y ss.
- Id., Conferencia Introductoria Nro. XXVII, La transferencia, en O.C., B.N., pág. 2391
- Id., Psicología de las masas y análisis del yo, en O.C., AE, T.XVIII,
- Id. El porvenir de una ilusión (1927 a)
- Id., El fetichismo (1927 b)
- Canetti, E., Masa y Poder, Alianza Muchnik, Madrid, 1983
- Lacan, J.; Seminario 11, (1964) Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Bs.As.
- Paidós, Cap. V, pág. 67
- Id., Seminario 17, (1970) El reverso del psicoanálisis, Bs.As. Paidos 1992
- E. Lévinas, Amar a la Torá más que a Dios en “Iosl Rákovér habla a Dios”, FCE, Bs. As. 1998
- Zygouris, R., El amor paradójal o la promesa de separación, en “Pulsiones de vida”, ediciones Portezuelo, Buenos Aires, 2005